



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE **BOLLETTINO**

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. prens

Jueves 01.03.2018

Conferencia de prensa de presentación de la Carta “Placuit Deo” de la Congregación para la Doctrina de la Fe a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana

Esta mañana, a las 11, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede ha tenido lugar la conferencia de presentación de la carta “Placuit Deo” de la Congregación para la Doctrina de la Fe a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana.

Han intervenido en el acto S. E. Mons. Luis F. Ladaria Ferrer, S.I. Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y S.E.Mons. Giacomo Morandi, Secretario de la misma congregación.

Intervención de S. E. Mons. Luis F. Ladaria Ferrer, S.I.

Tras la publicación de *Dominus Iesus* (2000), varios teólogos pidieron a la Congregación para la Doctrina de la Fe que profundizase algunos aspectos ya enunciados en esa Declaración, sugiriendo un nuevo documento sobre la salvación cristiana. En este sentido, después de haber profundizado atentamente en este importante tema, en colaboración con los Consultores de la Congregación, se presenta hoy la Carta *Placuit Deo* sobre algunos aspectos de la salvación cristiana.

La publicación de esta carta, dirigida a los obispos de la Iglesia Católica y, más en general, a todos los fieles, se decidió en la Sesión Plenaria de la Congregación, que tuvo lugar entre los días 23 a 26 de enero de 2018, y fue aprobada el 16 de febrero de 2018 por el Santo Padre que pidió que se publicase lo más pronto posible. El documento pretende "resaltar, en el surco de la gran tradición de la fe y con particular referencia a la enseñanza del Papa Francisco, algunos aspectos de la salvación cristiana que hoy pueden ser difíciles de comprender debido a las recientes transformaciones culturales." (Capítulo I, n. 1).

¿Cuáles son estas transformaciones culturales que ofuscan la confesión de la fe cristiana, que proclama a Jesús como el único y universal Salvador? El Santo Padre Francisco, en su Magisterio ordinario, a menudo se refiere a dos tendencias que se asemejan, en algunos aspectos, a dos antiguas herejías, el pelagianismo y el gnosticismo, aunque es grande la diferencia entre el contenido histórico actual secularizado y el de los primeros siglos cristianos.

En particular, "en nuestros tiempos, prolifera una especie de neo-pelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios"(n.2). Por otro lado, "Un cierto neognosticismo, por su parte, presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo,[1] que consiste en elevarse «con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida».[2] Se pretende, de esta forma, liberar a la persona del cuerpo y del cosmos material, en los cuales ya no se descubren las huellas de la mano providente del Creador, sino que ve sólo una realidad sin sentido, ajena de la identidad última de la persona, y manipulable de acuerdo con los intereses del hombre"(n. 2)

Esta Carta quiere abordar estas tendencias reduccionistas que amenazan el cristianismo actual y reafirmar que la salvación, de acuerdo con el plan de la alianza del Padre, consiste en nuestra unión con Cristo (véase el Capítulo II, n. ° 2-4).

Me gustaría ahora, brevemente, reflexionar sobre la parte antropológica y cristológica de la Carta (véanse los Capítulos III-IV), dejando al Secretario la tarea de ilustrar la parte eclesiológica (véanse los Capítulos V-VI).

¿La salvación interesa todavía hoy al hombre? Sí, nuestra experiencia nos enseña que cada hombre está en búsqueda de la realización y la felicidad propias. Muy a menudo esta aspiración coincide con la búsqueda de la salud física, del bienestar económico, de la paz interior, de una convivencia serena. Este deseo positivo de bien va acompañado de la lucha contra todo tipo de maldad: de la ignorancia, de la fragilidad, de la enfermedad, de la muerte (véase el n. ° 5).

Con respecto a estas aspiraciones, la fe en Cristo nos enseña, rechazando cualquier pretensión de autorrealización neo-pelagiana mediante la posesión, el poder, la ciencia o la técnica, que nada de lo creado puede satisfacer al hombre por completo, porque Dios nos ha destinado a la comunión con Él y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Él, como escribe San Agustín (ver n. ° 6). El Santo Padre llama a estas tendencias "neo-pelagianas" porque tienen en común con el pelagianismo el olvido de la obra de Dios en nosotros.

También es necesario recordar que el origen del mal no se encuentra, como enseñaban las antiguas doctrinas gnósticas, y hoy en día se vuelve a proponer de alguna manera, en el mundo material y corpóreo. "La fe proclama que todo el cosmos es bueno ... y que el mal que más daña al hombre es el que procede de su corazón" (n.7). La separación de Dios, debida al pecado, conduce a la pérdida de la armonía entre los hombres y de los hombres con el mundo, introduciendo el dominio de la disgregación y la muerte. " En consecuencia, la salvación que la fe nos anuncia no concierne solo a nuestra interioridad, sino a nuestro ser integral. Es la persona completa, de hecho, en cuerpo y alma, que ha sido creada por el amor de Dios a su imagen y semejanza, y está llamada a vivir en comunión con Él."(n.7). Según la fe cristiana, no solo el alma, sino también el cuerpo anhelan la salvación.

Para comprender más profundamente la gran novedad de Cristo Salvador, ignorada por estas tendencias mencionadas brevemente, debemos recordar la forma en que Jesús es Salvador: " No se ha limitado a mostrarnos el camino para encontrar a Dios, un camino que podríamos seguir por nuestra cuenta, obedeciendo sus palabras e imitando su ejemplo. Cristo, más bien, para abrirnos la puerta de la liberación, se ha convertido Él mismo en el camino."(n. ° 11).

Jesús, Hijo encarnado del Padre, es el único Salvador. Él "da testimonio de la primacía absoluta de la acción gratuita de Dios" (n.9), mostrando la falta de fundamento de la perspectiva individualista neo-pelagiana, porque la gracia siempre precede, aunque la requiere, a toda obra humana. Al mismo tiempo, " por la acción humana plenamente de su Hijo, el Padre ha querido regenerar nuestras acciones, de modo que, asimilados a Cristo, podamos hacer «buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos» (Ef 2, 10).(N. ° 9).

También está claro que la salvación que trajo Jesús no se produce solo de manera interior, en una forma íntima y sentimental, como quisiera la visión neo-gnóstica. De hecho, cuando el Hijo se hizo carne (cf Jn 1,14), al

formar parte de la familia humana, "se unió, de cierta manera, a cada hombre" (Const. Past Gaudium et Spes, n.22)) y estableció un nuevo orden de relación con Dios, su Padre y con todos los hombres. Precisamente en la relación con Dios y con los hermanos, el hombre encuentra su pleno cumplimiento.

Esperamos que esta Carta ayude a los fieles a tomar mayor conciencia de su dignidad como "hijos de Dios" (Romanos 8:16). La salvación no puede reducirse simplemente a un mensaje, una praxis, una gnosis o un sentimiento interior. Como Benedicto XVI escribió: " No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».[3] "(n. ° 8, Carta Encíclica Deus Caritas Est, n. ° 1)

Intervención de S.E.Mons. Giacomo Morandi

Me gustaría presentar brevemente la parte eclesiológica que encontramos en los capítulos V-VI de nuestra Carta y que es un corolario de lo expuesto anteriormente. De acuerdo con la fe cristiana, de hecho, la salvación consiste en estar en comunión con Cristo gracias al don de su Espíritu, para poder unirnos al Padre como hijos en el Hijo y convertirnos en un solo cuerpo en el "primogénito entre muchos hermanos" (Rom 8:29). De hecho, el Señor Jesús "es al mismo tiempo el Salvador y la Salvación" (n. ° 11).

En otras palabras, debemos preguntarnos: ¿Dónde y cómo podemos recibir esta salvación? "El lugar donde recibimos la salvación traída por Jesús es la Iglesia, comunidad de aquellos que, habiendo sido incorporados al nuevo orden de relaciones inaugurado por Cristo, pueden recibir la plenitud del Espíritu de Cristo (Rom 8: 9). Comprender esta mediación salvífica de la Iglesia es una ayuda esencial e indispensable para superar cualquier tendencia reduccionista "(n.12).

Como nos recuerda la Constitución Dogmática Lumen Gentium del Concilio Vaticano II, la Iglesia es "el sacramento universal de la salvación" (n.48), es en Cristo "el signo y el instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género" humano "(n. ° 1). La Iglesia no es solo y sobre todo una institución humana. Está inseparablemente unida a Cristo, como el cuerpo a la Cabeza y la esposa al Esposo. Es el lugar donde todos los hombres de todos los tiempos pueden encontrar al Salvador y la Salvación como un pueblo nuevo a quien Dios llama. " La salvación que Dios nos ofrece, de hecho, no se consigue sólo con las fuerzas individuales, como indica el neo-pelagianismo, sino a través de las relaciones que surgen del Hijo de Dios encarnado y que forman la comunión de la Iglesia. " (n.12). Además, dado que la gracia que Cristo nos da no es, como afirma la visión neo-gnóstica, una salvación meramente interior, sino que nos introduce en las relaciones concretas que él mismo ha vivido; nos incorpora a la Iglesia que es una comunidad visible e invisible, en la cual, al acercarnos a nuestros hermanos, especialmente a los más necesitados, tocamos verdaderamente la carne de Jesús. La salvación, mediada por la Iglesia, consiste en "la incorporación en una comunión de personas que participa en la comunión de la Trinidad".(n.12).

La visión individualista neo-pelagiana y la visión interna meramente neo-gnóstica contradicen abiertamente la economía de los sacramentos, a través de la cual Dios ha querido salvar a cada persona humana. " La participación, en la Iglesia, al nuevo orden de relaciones inaugurado por Jesús sucede a través de los sacramentos, entre los cuales el bautismo es la puerta,[4] y la Eucaristía, la fuente y cumbre.[5] Así vemos, por un lado, la inconsistencia de las pretensiones de auto-salvación, que solo cuentan con las fuerzas humanas. La fe confiesa, por el contrario, que somos salvados por el bautismo, que nos da el carácter indeleble de pertenencia a Cristo y a la Iglesia, del cual deriva la transformación de nuestro modo concreto de vivir las relaciones con Dios, con los hombres y con la creación (cf. Mt 28, 19). (ver Mt 28.19). Así, limpiados del pecado original y de todo pecado, estamos llamados a una vida nueva existencia conforme a Cristo (cf. Rm 6, 4). "(n.13).

La economía de los sacramentos también se opone a las tendencias neo-gnósticas que proponen una salvación meramente interior, entendida como la liberación del cuerpo y de las relaciones concretas en las que vive la persona. Por el contrario, " la verdadera salvación, lejos de ser liberación del cuerpo, también incluye su santificación (Romanos 12: 1). El cuerpo humano ha sido modelado por Dios, quien ha inscrito en él un lenguaje que invita a la persona humana a reconocer los dones del Creador y a vivir en comunión con los hermanos.[6] El Salvador ha restablecido y renovado, con su Encarnación y su misterio pascual, este lenguaje originario y nos lo ha comunicado en la economía corporal de los sacramentos. Gracias a los sacramentos, los cristianos

pueden vivir en fidelidad a la carne de Cristo y, en consecuencia, en fidelidad al orden concreto de relaciones que Él nos ha dado"(n. 14).

Aquellos que han encontrado a Jesús Salvador son siempre misioneros y viven con gran esperanza. Por esto la breve conclusión de la Carta menciona la dimensión misionera y escatológica de la vida cristiana. Enviada por Dios a todos los pueblos, la Iglesia se esfuerza por proclamar el Evangelio, la verdadera Buena Noticia de Salvación, a todas las personas. En este esfuerzo también estarán listos para establecer un diálogo sincero y constructivo con creyentes de otras religiones, en la confianza de que Dios puede conducir a la salvación en Cristo a «todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de manera invisible». (Gaudium et al. spes, 22).

Mientras se dedica con todas sus fuerzas a la evangelización, la Iglesia continúa a invocar la venida definitiva del Salvador, ya que «en esperanza estamos salvados» (Rom 8, 24). Al contemplar este horizonte escatológico, sabemos que "la salvación del hombre se realizará solamente cuando, después de haber conquistado al último enemigo, la muerte (cf. 1 Co 15, 26), participaremos plenamente en la gloria de Jesús resucitado, que llevará a plenitud nuestra relación con Dios, con los hermanos y con toda la creación.. . La salvación integral del alma y del cuerpo es el destino final al que Dios llama a todos los hombres. Fundados en la fe, sostenidos por la esperanza, trabajando en la caridad, siguiendo el ejemplo de María, la Madre del Salvador y la primera de los salvados, estamos seguros de que «somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo. El transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, con el poder que tiene para poner todas las cosas bajo su dominio» (Flp 3, 20-21) (n. ° 15).

[1] Cf. Id., Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, n. 94: AAS 105 (2013), 1059: «la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos»; Consejo Pontificio de la Cultura — Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la "Nueva Era"* (enero de 2003), Ciudad del Vaticano 2003.

[2] Francisco, Carta. enc. *Lumen fidei*, n. 47: AAS 105 (2013), 586-587.

[3] Benedicto XVI, Carta. enc. *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), n. 1: AAS 98 (2006), 217; cf. Francisco, Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, n. 3: AAS 105 (2013), 1020.

[4] Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, III, q. 63, a. 3.

[5] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, n. 11; Cost. dogm. *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

[6] Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), n. 155, AAS 107 (2015), 909-910.